

DISCURSO

PRONUNCIADO EL DÍA 8 DE DICIEMBRE DE 1917,
POR EL SEÑOR ACADEMICO DE LA F. DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
DR. JOSÉ CORTÉS FUNES

Señor Rector.

Señores Académicos.

Señores Profesores.

Jóvenes Graduados:

Hay algo sugerente en esta fiesta de nuestro histórico instituto de enseñanza superior. Su ambiente único, especial, no lo sentimos tan solo dentro de sus bóvedas seculares, no, está en todas partes, abarcando amplio radio y estimulando los espíritus. El pobre, el poderoso, y aquellos de la vida oscura y silenciosa la creen suya, y, le aportan el concurso de sus entusiasmos.

Córdoba se halla de fiesta y asiste a la cita intelectual, en que reviven los recuerdos de un pasado lejano, y palpitan esperanzas de prestigios crecientes, que habrán de proyectarse al través de las edades.

El cosmopolitismo contemporáneo modificándolo todo hasta en los confines o aldeas de la república, hace su excepción en el caso que nos ocupa, porque es impotente a destruir las modalidades de un pueblo que vive siquiera sea por horas la influencia de la tradición.

Un día como hoy, cual si dijéramos, ahora tres siglos, se instituía reglamentariamente la colación de grados, bajo el celeste patrocinio de la Purísima, ante cuyo cetro rendirían culto los armados doctos y caballeros por la autoridad rectoral.

Desde entonces, y ahora como ayer, se repite la misma escena, el mismo cuadro, el simpático desfile de los predestinados por la constancia y el estudio a realizar el gobierno de la sociedad, e impulsar a la vez su movimiento evolutivo hacia la consecución de sus más altos destinos.

Es así, que a base de la observación y del análisis puede afirmarse que la fiesta cordobesa trasciende al exterior, y que ahora como ayer, el águila del viejo escudo sigue su camino, portadora del lema, que inspiraron las nobles ansias del siempre ilustre y famoso franciscano.

Las ignacianas y parténicas, el claustro y las sabatinas de rigor institucional perfilaron la estructura de la enseñanza antigua, que luego acentuóse hasta tomar carácter propio con la aplicación de la escolástica, la misma que a pesar de la crítica, habla a la inteligencia, acostumbrándola al raciocinio dentro de los límites de la metodología.

El arte literario, más de polémica, que de doctrina, hincó el diente, tal vez para quebrarse en el sistema que llamó anticuado y del ergotismo, y así se desenvolvió la vida de la vieja casa, que con justicia llamará un eminente orador de nuestros días: "mansión solariaga de la intelectualidad argentina".

Con sus reglas simbólicas, con su enseñanza clásica, con los viejos textos, que no por ser tales les faltara el prestigio de la verdad, ha continuado gravitando soberana en la mente y el espíritu de las generaciones, que en su momento y en su medio, aplicaron para bien de la república aquellas enseñanzas, combatidas hoy por la acción evolucionista, que sabe más de efectos estéticos y de líneas ligeras que de cimentar hondo para que la construcción responda a las exigencias de la verdad y del tiempo.

Estamos, señores dentro de la constante rotación, en cuanto me refiero a la vida intelectual de esta casa, sintiendo hoy como ayer los mismos anhelos, jurando el mismo compromiso y presintiendo con optimismo sincero la clara visión del porvenir, dentro de una sola idea, de una sola aspiración: el progreso colectivo. Pero, si cumpliendo el honroso encargo, del ilustrado señor Rector, de despediros en este día memorable para el maestro que enseñó y para el alumno que poseedor de la semilla va a arrojarla jubilosamente al surco, incúmbeme hablaros de lo que me dice el momento, su ambiente, y el concepto de la responsabilidad profesional, según las múltiples aplicaciones de vuestras energías morales.

¿Que es la tradición? Que significa la conservación de lo antiguo, el religioso respeto que nos inspira?

No puede concebirse la vida sin historia, porque nuestras aptitudes necesitan de ella como fuerza propulsora para mejorar lo alcanzado, llenando así las ansias de lo infinito, que importa modificación progresiva.

Se siente la acción de la historia, alentando la labor, haciendo la epopeya, perfilando la silueta del héroe, o la personalidad del estadista, que aquello, como el uno y el otro han levantado la casa común, circunvalada por las grandes montañas, los inmensos estuarios, brillando en ella los elementos étnicos que hacen la gran fuerza y generan el patriótico ideal de la nacionalidad.

Es así, que todos contribuimos a la obra de construcción y de reconstrucción, más, conservando con respetuoso afecto lo que nos vincula al pasado, cuanto proclama la existencia del esfuerzo, porque vivir jóvenes amigos nada más que de las impresiones del presente, pienso que sería reducir el destino al gobierno del instinto, y mercantilizados o vegetativos, nos hallaríamos en la situación de aquel profesor de Oxford, que aturrido por el crujir de las poleas, el silbato de los motores, y el duro golpe del martillo sobre el yunque, sintió las nostalgias de

lo ideal, y carente su pueblo del "sentimiento de la veneración".

Que desesperante la vida sin historia, cómo adormeciéranse las energías, ni cómo proyectárase la influencia intelectual sin los anhelos de la gloria, sin la figura heroica, estimulando la vida de las ciudades. No, las ideas no mueren, trascienden y hacen el camino sin fin de los siglos, porque las ideas tienen su símbolo, su encarnación en los hombres y en las cosas. Es posible que la labor de vorágine, que a veces caracteriza la progresiva evolución de las colectividades, permita creer o suponer en el olvido de las abstracciones, en el abandono de las especulaciones románticas, tan necesarias como el arte mismo para las saludables orientaciones del espíritu, pero luego por gravitación propia los pueblos tienden la vista hacia el ideal, la estrella polar que fija el derrotero de las generaciones en marcha.

Fuera mengua de vuestras ingénitas altiveces, reducir la esfera de acción intelectual, sojuzgados por el positivismo de horizontes estrechos, concretando las actividades de la mente, a la sola satisfacción de las necesidades materiales; por manera, pues, que erguida la frente y fuerte el brazo tenéis que responder a la nobilísima misión a que os obliga el título de suficiencia, valientemente adquirido tras larga y asidua constancia, a la sombra de estas viejas bóvedas, amparadas por los manes del bendito visionario, que desde las alturas de la inmortalidad asiste a la consagración del hermoso triunfo de su obra imperecedera, exponente de nuestra grandeza moral, centro de la más alta cultura, donde debiera hallarse la lámpara votiva, perennemente encendida, para singularizar la honda gratitud de la nación entera.

Cuando se ha vivido dentro de estos muros para alcanzar en el tiempo las armas de lucha, que esgrimidas en su hora nos dan el sitio propio en la inmensa caravana, y volvemos hacia ellos por la irresistible sugestión del recuerdo, rehacemos la historia de lo pasado, y animamos el cuadro haciendo memoria de los que pasaron, de aquellos que ya, el acierto justiciero del criterio póstumo, los ha tornado inmortales por las creaciones del

arte, que el monumento señores, significa, una legítima expresión vanidosa de los blasones de la nación.

Dentro de estos muros pasaron como habéis pasado vosotros, los que más tarde ilustraron los fastos de la república en el gobierno, en el parlamento, en la prensa, en los campos de la guerra, batallando por la integridad del territorio, la organización política del país, para suprimir la barbarie, jamás para desconocer el derecho e implantar la iniquidad.

Por eso, rememorando el pasado, puede afirmarse, que hacemos la historia de la vida nacional.

En la austera soledad de estos claustros, imaginamos la sombra de Paz, templando el acero de su espada, para fundar la libertad de la patria, de Vélez preparando el molde para fundir su sabia legislación, o cual dijera Sarmiento, para fundir la conciencia humana en su código, de Avellaneda presintiendo el campo de sus inimitables combinaciones políticas, que afianzaron un día los destinos de la república, y por fin de Alberdi monologando su evangelio, el decálogo argentino.

Cabe repetir entonces, la oración del verbo elocuente, que saludando al pasado, sintiendo la influencia de nuestra acción universitaria, desde esta misma tribuna, decía: “esta institución ha sido amasada con los esfuerzos de la más refinada alcurnia. Grandes soberanos del orbe espiritual y profano le imprimieron el sello de su preclara stirpe. Guarda en sus archivos, bulas de Pontífices y Cédulas de Reyes; Gregorios, Píos y Urbanos, Carlos y Felipes la ungieron con los destellos de su mundial prestigio; virreyes, gobernadores y prelados, entretejieron las guirnaldas siempre verdes de su nido: Aquí también, pues, de Elio Adriano, de Teodosio Divino, de Selio Peregrino, rodaron de marfil y oro las cunas”.

Tal es el legado de la tradición, que habremos de conservar y aún de abrillantar si cabe, siendo heraldos de buena fe, enérgicos y consagrados a la realización del pensamiento del ilustre y bendito fray Fernando.

No discurriré sobre vuestra misión, lo que ella importa, siendo como sois porta voces de la ciencia; os invito tan solo a reconcentraros en lo íntimo de vuestra conciencia, y ante la magestad de aquella tradición, consideréis las responsabilidades que comporta el solemne juramento de honrar a Dios, de defender la justicia y de respetar y hacer respetar las leyes de la república.

Jóvenes graduados.

Al despediros en nombre de la Universidad, cuando váis a dispersaros con las incertidumbres propias que genera el porvenir, permitidme, lo que denomino desde luego una secreta confidencia.

La vida no es como nos la presentan las combinaciones ardorosas de la juventud. La vida (1) al decir de un historiador filósofo, es ardua como el trabajo y fugaz como las sombras. Vuestra misión será espinosa, si le sois fieles sin cobardía ni capitulaciones.

La actuación pública ofrece halagos de sirena, y vale resistirla cuando no se tienen propósitos definidos, arraigado el concepto del deber o fortaleza de alma para cumplirlo. Entonces, el régimen de las acciones humanas lo hallaréis para su imitación en la hermosa leyenda del pueblo hebreo: “allegando con una mano la piedra del edificio, y blandiendo con la otra la espada de los combates”.

JOSÉ CORTÉS FUNES

(1) Estrada.—Discursos.